

que vienen de lejos. La obra madura del expositor es clara y transparente, medida, en especial la que responde a impulsos de mayor espontaneidad, aquella en donde el autor no siente la preocupación de ningún factor externo al logro exclusivo de un arte con plenitud de autonomía.

Y es que Pompeyo Audivert, nacido en las riberas del Mediterráneo, lleva en su espíritu muy fuertemente ahincada la transparencia luminosa de su tierra natal, de esta tierra que, situada en el extremo del mar clásico, pero en contacto con él, ha dado a sus artistas—un Maillol, un Cézanne, un Bourdelle—la serenidad helénica más pura.

En las obras de Audivert se adivina también el equilibrio medido y seguro de esa región.

<https://doi.org/10.29393/At228-229-83EIAR10083>

Exposición del Instituto Chileno-Británico

Para inaugurar una magnífica sala, dotada de las últimas innovaciones técnicas, el Instituto Chileno-Británico reunió a un grupo de pintores que si, aparentemente, difieren entre sí, pertenecen a un mismo grupo *ideológico*. Decimos *ideológico* refiriéndonos a la común concepción que estos pintores tienen del arte. Nada, pues, más útil que lanzarse a la tarea de establecer entre ellos un parangón y de comprobar hasta qué punto idénticos o parecidos medios docentes han sido modificados posteriormente y a lo largo del discurrir y del laborar plásticos. Basta para ello referirse a los más característicos.

Camilo Mori, después de una larga época de ensayos y de dudas, manejando siempre una extraordinaria y rica sensibilidad estética, parece haber llegado a un remanso de sedimentación. Su obra se nos aparece ahora madura, como recogida en sí misma, en pura meditación espiritual.

Siente preferencia por el retrato que es, en definitiva, un género al que parecen acogerse los pintores cuando la expresión plástica está sometida a la emoción creadora. Dos retratos ha

expuesto Mori. Se trata de otras tantas obras, espléndidas por la solución total que da a los elementos formales de que se vale el artista como por la intención psicológica que campea en estas imágenes.

En una entrevista reciente ha dicho el pintor con palabras llenas de acierto: «A base de un modelo vivo se han exaltado ya sea las líneas, la forma o el color. Existe una gama infinita y compleja de interpretación del modelo; pero siempre se ha mantenido la prioridad del concepto plástico sobre la simple representación objetiva del sujeto. Es decir, el artista ha subordinado el valor de la fidelidad objetiva, a la presencia de los valores plásticos *permanentes*».

Esta definición de la representación antropométrica preside los afanes del pintor porteño. No se contenta Mori con resolver una serie de problemas pictóricos enfrentándose a ellos audazmente. Se preocupa también de dar a su obra un fuerte contenido emocional. En sus retratos, además de existir esa prioridad del concepto plástico hay también alusión al impulso humano que ese artista no sabe desdeñar.

Pues bien, del grupo coctáneo señalado, Mori se aparta, buscando el reflejo de su propia personalidad. Y forma, junto a Larraín Peró—que expone dos temas de cacería en la Indochina, bocetos de temas murales—y a Byron Gigoux—dos paisajes—el grupo que, a mi entender se lanza con mayor autonomía hacia una pintura personal, de vida y de expresión propias.

Byron Gigoux insiste en unos lienzos de gran fuerza expresiva. Aspira a que sus visiones hinquen sus raíces en la tierra. Así *Tierras pobres* nos sobrecoge el ánimo porque en los terrones de estos campos parece como si generaciones de campesinos hubieran dejado el sudor de sus cuerpos sin que el agro fecunde otra cosa que la pavorosa grandeza cósmica que nos deja ver la tela. La materia toma vida de soledad en estas obras.

La solución de los problemas plásticos ha sido hallada en forma muy acertada. Pocos son los tonos empleados por el artista. Un verde, un ocre, un amarillo sucio, son suficientes para dar, con la gama infinita de los semitonos rítmicos, la sensación de la materia. ¡Pocos cielos se habían pintado en Chile con mayor fuerza plástica!

Gigoux es un gran colorista, un enamorado del color. Es elocuente, pero no incurre en el conceptismo, ni mucho menos en lo barroco. En sus lienzos predomina siempre lo pictórico sobre lo lineal.

Con Larraín Perú tenemos un artista de vigorosa técnica. En su obra predomina el *logos* sobre la sensibilidad. Por eso mismo aflora en ella cierta frialdad de virtuoso, de erudito de la pintura, de curioso que sabe enfrentarse a todos los modelos y escuelas. En sus envíos hay siempre una lección de bien pintar.

Burchard expone dos telas de flores. El maestro ha realizado en ellas unas delicadas y sensitivas armonías. Burchard se halla en un momento de plena madurez y su obra está purificada de todo contacto espurio, como de vuelta de muchas admiraciones bien asimiladas. En ella el espíritu del maestro se hace poesía sutil y delicada.

Carlos Pedraza sigue mostrando su gusto por la *pasta* rica y armoniosa. Parece construir con las pinceladas el motivo temático, de tal manera que hay en la superficie coloreada de estas telas mucho barroquismo. Es un extraordinario colorista, especialmente en la gama dorada.

Registramos un bello y vigoroso paisaje de Morales: se trata de algo muy bien construido y ampuloso de color. Perrotti ha enviado un paisaje del trópico y una *témpera*, boceto de composición posiblemente mural. En la primera obra destaca su vivo cromatismo y cierta reminiscencia primitivo-popular.

Roa expone dos acuarelas en la que muestra la agilidad de su pincelada y la riqueza de colorido que le caracteriza.

Exponen además dos obras respectivamente Inés Puyó, Ana Cortés, María Tupper — magnífico su *Retrato de hombre*, magistralmente construído—, Luis Torterolo—sabroso de *pasta*—Jorge Caballero, etc.

En otras salas han exhibido sus obras Matilde Pérez, Lantani (padre e hijo) y Manuel Carballo. Se trata en conjunto que está fuera de toda posibilidad crítica, salvo acaso Matilde Pérez, a quien su extrema juventud y algunas innegables condiciones de mayores aciertos hacen presagiar una obra valiosa en el futuro.

El premio nacional de arte

Ha sido concedido este honroso galardón por primera vez y ha recaído sobre el pintor Pablo Burchard. Maestro de muchos pintores que se destacan ya en el arte chileno con recia personalidad, autor de una extensa obra pictórica, Pablo Burchard merecía esta distinción que ahora acaba de honrar su larga producción pictórica.

Su figura, con diversos motivos, ha sido estudiada frecuentemente en estas páginas de «Atenea». Añadamos que Pablo Burchard es un verdadero artista. Su obra no vale únicamente por sus méritos artísticos y estéticos; en este caso se realza con la pasión y la rebeldía juvenil del maestro, quien ha hecho de su arte un verdadero apostolado y ha entregado su vida entera a la búsqueda de la belleza. Su espíritu humilde, el lirismo acentuado de su visión y la sensibilidad extrema con que enfoca los motivos temáticos, hacen de su obra un verdadero poema de la naturaleza, poema de la luz y del color.

ANTONIO R. ROMERA.